

## 10. La Historia de los Judíos

### DANIEL CAPÍTULO 9.

Apenas unos meses transcurrieron entre la visión del capítulo octavo y los eventos que registra la primera parte del capítulo noveno. Las últimas palabras de Gabriel habían sido que las cosas vistas concernientes a los dos mil trescientos días eran verdaderas. Daniel no pudo escuchar la explicación en ese momento; y mientras se ocupaba de los asuntos del rey, pensaba a menudo en la visión. Mientras tanto, había sido llamado de Susa a Babilonia, a la corte del rey, para interpretar la extraña escritura en la pared. El destino de la nación había sido leído, y las palabras apenas se habían desvanecido antes de que comenzara la matanza de los babilonios. Esa misma noche Belsasar fue asesinado, y el rey de los Medos fue proclamado monarca del mundo. Por Darío, Daniel había sido nombrado presidente principal, y ocupaba una posición en Babilonia junto a Ciro, el asociado del rey Darío.

Durante el torbellino y el ajetreo de todos los cambios en los asuntos, mientras las manos de Daniel estaban llenas de deberes cortesanos y preocupaciones comerciales, aún tenía tiempo para la oración y el estudio.

La profecía había predicho que Ciro restauraría la libertad a los judíos; el tiempo de su liberación se acercaba, y Daniel buscó cuidadosamente comprender el tiempo. Las profecías de Jeremías eran las únicas que declaraban claramente la duración del cautiverio. Sin duda, la mente de Daniel estaba perpleja por los dos mil trescientos días de los que Gabriel había hablado, pues para los hebreos el templo en Jerusalén era el santuario de Dios, y la purificación, para ellos, significaba la remoción de manos impías del Monte Sion.

Dos veces en el libro de Jeremías se declara la duración del cautiverio. «Estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta años. Y sucederá que, cuando se cumplan los setenta años, castigaré al rey de Babilonia». De nuevo el profeta había dicho: «Después que se cumplan setenta años en Babilonia, os visitaré y

cumpliré mi buena palabra hacia vosotros, haciéndoos volver a este lugar». Babilonia había caído, y Jerusalén había estado desolada casi setenta años. Una crisis se acercaba para el pueblo de Dios, y Daniel buscó mediante la oración y el ayuno entender el asunto.

Esta es una de las instancias en las Escrituras donde se registra una oración. Esta se presenta como ejemplo de la oración ferviente y eficaz de un hombre justo, que vale mucho. Daniel se dio cuenta de que el pecado había oscurecido la visión de muchos del pueblo que profesaba ser de Dios. Algunos que estaban en Babilonia eran descuidados e indiferentes con respecto a las verdades de Dios. Muchos se habían hecho hogares y se sentían seguros en la certeza de que, cuando comenzó el cautiverio, se les dijo que compraran tierras y construyeran casas. Algunos estaban contentos con el entorno presente y temían las dificultades que debían acompañar el viaje a Jerusalén, que estaba en manos de tribus hostiles y donde no había hogares agradables. Jerusalén debía ser construida, estuvieron de acuerdo, pero otros debían hacerlo, no ellos.

Un amor por Babilonia era fuerte en los corazones de muchos. Setenta años después de que el decreto de Ciro diera a todos los judíos la libertad de regresar a Palestina, aún había miles de ellos en Babilonia. De hecho, solo un pequeño porcentaje de los judíos regresó. La juventud, que había sido educada en la ciudad, muchos de ellos, como las hijas de Lot en Sodoma, habían participado tan ampliamente de sus costumbres, que se quedaron entre los paganos, aunque los ángeles les ordenaron que *salieran apresuradamente*. El espíritu de profecía fue pasado por alto con unos pocos comentarios, o cayó en oídos completamente sordos; aunque en cautiverio, las condiciones presentes eran preferibles a la libertad con el esfuerzo necesario para obtenerla. Daniel conocía esta condición, y confesó los pecados del pueblo ante Dios. Se identificó con su pueblo. La suya es una de las oraciones más maravillosas registradas.

Este hombre, a quien el cielo llamó «grandemente amado», en quien no se hallaba falta, ni siquiera por sus enemigos más acérrimos, se colocó bajo la carga de pecado que oprimía a Israel. Postrado ante Dios, se encontró con el Padre con

las palabras: «Hemos pecado y hemos cometido iniquidad, y hemos hecho impiamente y hemos sido rebeldes»; «ni hemos escuchado a Tus siervos los profetas». «Oh Señor, la justicia te pertenece a Ti, pero a nosotros la confusión de rostro, a nuestros reyes, a nuestros príncipes y a nuestros padres, porque hemos pecado»; «nos hemos rebelado contra Él; ni hemos obedecido»; «la maldición ha sido derramada sobre nosotros»; «toda esta calamidad ha venido sobre nosotros, y con todo no hemos hecho nuestra oración delante de Jehová nuestro Dios, para que nos convirtiéramos de nuestras iniquidades»; «no obedecemos Su voz»; «hemos pecado, hemos hecho inicuaamente»; «porque por nuestros pecados y por las iniquidades de nuestros padres»; «he aquí nuestras desolaciones»; «no presentamos nuestras súplicas ante Ti por nuestras justicias».

Ante el Padre tenemos a Uno, a saber, Cristo, quien «ha llevado nuestras aflicciones y cargado con nuestros dolores», «quien Él mismo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo». Daniel fue un representante de Cristo, y había vivido tan cerca de Dios, y lo conocía tan íntimamente, que el espíritu que distinguía a Cristo de todos los demás se manifestó también en Daniel. Fue un verdadero pastor en Israel, y su oración es una reprensión a toda *justicia propia*; una *dura reprensión* para aquellos que dicen con palabra u obra: «Soy más santo que tú».

«Oh Señor, oye; oh Señor, perdona; oh Señor, escucha y haz; no te demores por amor de Ti mismo, Dios mío, porque tu ciudad y tu pueblo son llamados por tu nombre». Tal fue la súplica de un corazón agobiado. Tales fueron las palabras con las que Daniel se acercó a su Dios. Estaba familiarizado con el Padre y sabía que sus palabras llegaban al trono del cielo. La fe y la oración son los dos brazos que el hombre mortal puede entrelazar alrededor del cuello del Amor Infinito. Cristo se inclinó para escuchar y ordenó a Gabriel que se apresurara hacia la tierra. Soltamos el brazo del Señor demasiado pronto en nuestras oraciones. Deberíamos elevar nuestras peticiones más y más. Dios a veces prueba la fuerza de nuestros deseos al retrasar una respuesta inmediata.

«Sí, mientras yo aún hablaba en oración, el varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde».

Lo mismo por lo que Daniel había pedido, fue mencionado por primera vez cuando Gabriel puso sus manos sobre el profeta. «Oh Daniel, he venido ahora para darte habilidad y entendimiento. Al principio de tu súplica, la palabra [margen] salió, y yo he venido para mostrártelo». El cielo estaba más interesado de lo que el hombre podía estar en aquello por lo que Daniel oraba, y tan pronto como el canal se abrió, el Espíritu fluyó. Tanto en el mundo espiritual como en el natural, se aborrece el vacío. Así como el aire entra a un recipiente cuando se vierte un líquido, así el Espíritu Santo llena el corazón cuando este se vacía de sí mismo. Si se hiciera más espacio para Cristo en nuestros corazones, la experiencia pentecostal se repetiría a menudo.

Dios tiene muchos favoritos entre los hijos de los hombres. De hecho, cada hombre es un favorito especial y altamente honrado por el Rey del cielo, pero son muy pocos a quienes los ángeles han hablado la palabra: «Tú eres grandemente amado». La lectura marginal del versículo veintitrés da la traducción hebrea como «un hombre de deseos». Ese hombre cuyos deseos están orientados hacia el cielo, que anhela el alimento espiritual como el ciervo brama por las corrientes de agua, es *grandemente amado* por Dios, porque Dios busca a tales para cumplir Su voluntad en la tierra. A tales Gabriel puede hablar.

Comenzando con el versículo veinticuatro, el ángel explica el período de tiempo, los dos mil trescientos días de (Daniel 8:14). No hay preámbulos. Gabriel conoce los pensamientos del profeta, y por eso dice: «Setenta semanas están determinadas [o cortadas] sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, y traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos». Toda la historia futura de los judíos como nación está contenida en este solo versículo. Ninguna otra historia jamás abarcó tanto en tan pocas palabras. Aquí se da la fecha exacta para el comienzo de la obra de Cristo; el tiempo asignado a Israel

como nación para el arrepentimiento, el tiempo en que el tipo se encontraría con el antitipo en todas las ofrendas sacrificiales; el período en que la probación terminaría para la raza hebrea, y la justicia eterna sería predicada al mundo en general. En esta entrevista con Gabriel solo se mencionó la parte de los dos mil trescientos días que se aplicaba a la nación hebrea. A Daniel ya se le había revelado la historia de las naciones del mundo; los dos mil trescientos días tienen que ver más especialmente con el pueblo de Dios, independientemente de los gobiernos nacionales.

El período de setenta semanas, o cuatrocientos noventa días [70x7=490], de tiempo profético, cubre un período de cuatrocientos noventa años, durante los cuales la historia judía como tal continuaría. Estos cuatrocientos noventa años no comenzaron de inmediato, porque el ángel dijo que debían comenzar a contarse desde la salida del mandamiento para restaurar y edificar Jerusalén.

El período de setenta semanas de la historia judía es así dividido por el ángel: Siete semanas para la edificación de los muros y las calles de Jerusalén; sesenta y dos (62) semanas hasta la obra del Mesías; y una semana, que cubriría el período de Su ministerio y el tiempo siguiente hasta que el evangelio saliera a los gentiles. Esta última semana está dedicada a la confirmación del pacto.

Para entender la primera división, las siete semanas o cuarenta y nueve años, tenemos la historia tal como está registrada en Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías. Dios levantó a Ciro y lo puso en el trono para que restaurara a los judíos a su ciudad natal. Mucho antes de que comenzara el cautiverio babilónico, el profeta Isaías (44:28) escribió de Ciro: «Él es Mi pastor, y cumplirá todo Mi deseo; aun diciendo a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Tus cimientos serán echados».

En el primer capítulo del libro de Esdras se registra el decreto de Ciro. El cumplimiento por Ciro de la profecía de Isaías es sorprendente: «En el primer año de Ciro rey de Persia... Jehová despertó el espíritu de Ciro rey de Persia, quien hizo pregonar por todo su reino, y también por escrito, diciendo: Así dice

Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos... me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén».

Entonces, todo judío en Babilonia tenía la libertad de regresar a Palestina. Si era necesario, los gastos del viaje serían cubiertos por el gobierno de Ciro. Había amplias provisiones para todos los pobres y los enfermos. Nunca antes se había emitido un decreto así. Israel debería haberse levantado *en masa*, llevando consigo a todos aquellos de otras nacionalidades que, habiendo escuchado el evangelio, estaban dispuestos a unirse al pueblo de Dios. La tierra debería haber resonado con gritos de alabanza y con las canciones de los redimidos. El éxodo de Babilonia debería haber sido un poderoso testimonio para las naciones de la tierra del poder del Dios de Israel. El éxodo de Egipto, y las maravillas que acompañaron el cruce del Mar Rojo y el Jordán, y la alimentación de miles en el desierto, habrían disminuido hasta la insignificancia si Israel hubiera aprovechado el camino que Dios había preparado.

¿Cuál fue el resultado del decreto? Daniel observó con ansiedad los preparativos que se hicieron para partir, y al final del primer año apenas cincuenta mil habían viajado de Babilonia a Jerusalén.

Ciro se sintió desanimado y disgustado debido a la débil respuesta, y recayó en la indiferencia. Más tarde, el ángel de Dios con la ayuda de Miguel intercedió con él durante tres semanas para tocar su corazón nuevamente.

Los vasos tomados del templo a Babilonia por Nabucodonosor fueron devueltos a los líderes de los judíos, quienes los llevaron de regreso a Jerusalén. En el segundo año de su llegada a Palestina, se comenzó la obra de restauración del templo. El sitio del templo de Salomón, que había sido quemado por Nabucodonosor, estaba oculto por escombros, la acumulación de casi setenta años. La obra de restauración pronto fue detenida por los samaritanos que vivían en el país, y no fue posible un mayor progreso hasta la emisión de un segundo decreto por Darío, rey de Persia, en el 520 a.C. El trabajo en la casa de Dios se

detuvo durante quince años. Entonces los profetas Hageo y Zacarías reprendieron al pueblo por su inactividad.

Parecería que los judíos, aunque profesaban ser el pueblo de Dios, construyeron sus propias casas y retrasaron el trabajo en el templo, porque no había un mandato directo del rey para proceder. Pero Dios quería que avanzaran, ejerciendo fe, y cuando, en respuesta a la palabra del Señor por medio del profeta Hageo, se pusieron a trabajar, el Señor movió el corazón del rey persa para ayudarlos. Esto se verá más adelante en el capítulo doce. Hombres del mundo, enemigos de los judíos, se quejaron abiertamente al rey, pero esto, en lugar de obstaculizar el trabajo, provocó una búsqueda en los registros reales, lo que reveló el decreto de Ciro. Entonces Darío, en lugar de reprender a los judíos, emitió un decreto para que la obra continuara, y además ordenó que la obra de construcción fuera impulsada con dinero del tesoro real.

Jerusalén estuvo sujeta al gobierno persa hasta los días de Esdras en el reinado de Artajerjes. En el séptimo año del reinado del rey, 457 a.C., se emitió el tercer decreto relativo a la reconstrucción de Jerusalén. Este decreto (1) permitía a todos los judíos que así lo desearan regresar a Jerusalén; (2) permitía la toma de una ofrenda voluntaria de toda Babilonia para la causa en Jerusalén; (3) proclamaba perfecta libertad para seguir los mandamientos de Dios en todo el territorio al oeste del Jordán; (4) eximía a todos los levitas y ministros del pago de peaje o tributo; (5) ordenaba que los muros de Jerusalén fueran reconstruidos; (6) disponía el nombramiento de magistrados y jueces en Palestina de entre los propios judíos, organizando así un gobierno del pueblo, algo completamente ajeno a la política de una monarquía oriental.

Esto fue en el año 457 a.C., y es el tiempo desde el cual el período de setenta semanas debe ser calculado, según las palabras de Gabriel a Daniel. Que se requirieron los tres decretos para constituir el mandamiento de (Daniel 9:25), es evidente por las palabras de la Inspiración: «*según el mandamiento de Ciro, y Darío, y Artajerjes, rey de Persia.*» Los tres decretos están así conectados.

Los «*tiempos angustiosos*», durante los cuales la construcción debía avanzar, son descritos por el profeta Nehemías. Trece largos y agotadores años después de que se emitiera el decreto de Artajerjes, Nehemías, quien era copero del rey en Babilonia, lamentaba los problemas en Jerusalén, y en respuesta a su petición se le permitió subir a la ciudad para supervisar la obra. Bajo la dirección de Nehemías, la gente trabajó en el muro de Jerusalén con armas sujetas a sus costados. «Los que edificaban en el muro, y los que llevaban cargas y los que las cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada. ... Así trabajábamos en la obra, y la mitad de ellos tenía lanzas desde la salida del alba hasta que aparecían las estrellas.» (Nehemías 4:17, 21)

Nehemías en estos tiempos de dificultad fue un líder maravilloso para Israel. Sus lecciones al pueblo sobre el cobro de usura, salarios y alquiler deben ser seguidas por los cristianos hoy. La reconstrucción de Jerusalén en tiempos angustiosos es un símbolo apropiado de llevar el evangelio a todas las naciones en los últimos días. Israel se atrajo esta dificultad por sus pecados y falta de fe; y lo que debería haber hecho para advertir al mundo en paz y quietud, tuvo que hacerse en gran angustia. Además, se notará que unos pocos años de descanso siempre encontraron el pecado y la iniquidad abundando en Israel. La nación apenas había salido de las manos de Babilonia cuando la gente esclavizó a sus propios hermanos a causa de la deuda. Una proclamación de libertad debe venir de dentro de sus propias fronteras antes de que pueda haber paz y ayuda desde fuera. Cuando venga de dentro, la Palabra de Dios prometió el apoyo incluso de sus enemigos. Estos principios son verdaderos en el cuerpo de cristianos hoy. La difusión del evangelio será una obra fácil, y será como la voz de un ángel poderoso que ilumina el mundo, cuando el pueblo de Dios proclame la libertad entre sí.

Los dos mil trescientos días de (Daniel 8:14) ubican cuatro eventos importantes en la historia de la obra de Dios para Su pueblo. La línea de la profecía se abrió con la «salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén» (Daniel 9:25; Esdras 7:11-26). Se requirieron setenta y nueve años para la

ejecución de este mandato. Fue ejecutado por primera vez por Ciro en el 536 a.C., (Esdras 1:1-4). Varios años después, Darío reeditó el decreto. (Esdras 6:1-12). El decreto dado por Artajerjes en el 457 a.C. completó el mandamiento. (Esdras 6:14). El decreto entró en vigor cerca de mediados de año, lo que haría la fecha exacta 457 1/2 a.C. (Esdras 7:9).

El segundo gran evento localizado por esta línea de profecía fue la unción de Jesús, que estuvo en conexión con Su bautismo en la primavera del año 27 d.C., y marcó el final de la semana 69.

El tercer evento fue la crucifixión de Cristo que tuvo lugar a la mitad de la semana 70. El cuarto evento importante fue el juicio investigador que se abrió al final de los dos mil trescientos días.

«Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas» (Daniel 9:25) (7+62=69 semanas, o 483 días proféticos, o años literales). Mesías, en hebreo, y Cristo, en griego, significan lo mismo que «*ungido*» en inglés. Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo. Esta unción tuvo lugar en el momento de Su bautismo. Las sesenta y nueve semanas, o cuatrocientos ochenta y tres años, llegaron hasta el bautismo de Cristo por Juan en el río Jordán.

Desde el decreto de Artajerjes, cuatrocientos cincuenta y siete años llegan hasta el año 1 d.C., en la dispensación actual. Pero veintiséis años quedaron de las sesenta y nueve semanas (483 - 457 == 26), que terminaron con el bautismo de Cristo. Veintiséis años añadidos al año 1 d.C. nos llevan al 27 d.C., en el otoño de ese año Cristo fue bautizado. (Ver Marcos 1:10, margen; Lucas 3:21-23, margen).

Durante años, la nación judía había tenido la promesa de un Libertador. El cierre de las sesenta y nueve semanas encontró a los judíos bajo el control del cuarto reino, la bestia terrible y espantosa que Daniel había descrito antes. El deseo de toda mujer judía que era fiel a su Dios era ser la madre del Salvador. Cada vez que se presentaba un bebé al Señor, era con la esperanza de que él

podría ser el Elegido. El lugar de nacimiento del Mesías había sido predicho. Malaquías había profetizado acerca de Juan, el precursor del Salvador, y durante seis meses la voz de este testigo se había oído por toda la tierra de Israel. El tiempo de la predicación de Juan se establece por seis hechos históricos. (Ver Lucas 3:1, 2). Israel y Judá acudieron en masa a las orillas del Jordán, y entre ellos llegó Jesús de Nazaret. Juan lo reconoció por una señal del cielo; y al salir del agua, los cielos se abrieron, y vio la paloma celestial posarse sobre Su cabeza, y oyó la voz que lo proclamaba Hijo de Dios.

Las sesenta y nueve semanas habían concluido. Aquellos que en ese momento estudiaban las profecías de Daniel buscaban al Mesías, y creyeron las palabras de Juan cuando dijo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Cristo también dijo: «El tiempo se ha cumplido» (Marcos 1:15), refiriéndose al período de sesenta y nueve semanas de Daniel. Pero la nación en su conjunto estaba ciega. «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Juan 1:11). Podrían haber sabido. El libro de Daniel era para que ellos lo estudiaran. El mismo libro, junto con el libro de Apocalipsis, proclama la hora del juicio de Dios, y Su segunda venida, pero los hombres serán tomados por sorpresa porque no prestan atención a las profecías.

Así como el bautismo de Cristo fue una señal dada por Gabriel por la cual los judíos podrían haber conocido al Mesías, así también Su muerte fue una segunda señal. Una semana —siete años— quedó del tiempo asignado para la nación judía. Durante la mitad de ese tiempo —tres años y medio—, el Hijo de Dios caminó entre la gente. Los enfermos fueron sanados; consoló a los quebrantados de corazón y predicó el evangelio a los pobres. Altos y bajos, ricos y pobres, todos por igual entraron en el círculo de Su influencia.

«A la mitad de la semana», dijo el ángel a Daniel, «hará cesar el sacrificio y la ofrenda» (Daniel 9:27). En el tiempo de la fiesta de la Pascua, en la primavera del año 31 d.C., tres años y medio después de Su bautismo, Cristo fue crucificado por el mismo pueblo que había intentado salvar. Mientras Su vida se apagaba, el velo interior del templo se rasgó de arriba abajo. El propiciatorio, visto solo por el

sumo sacerdote una vez al año, quedó expuesto a la mirada de las multitudes. El cuchillo cayó de la mano del sacerdote, y el cordero sacrificial escapó. Dios había retirado Su presencia del templo. El Cordero de Dios mismo había sido inmolado, y el sacrificio y la ofrenda fueron quitados para siempre. Aquellas ceremonias que habían prefigurado la muerte del Salvador, cesaron en la cruz. Esto fue a la mitad de la última semana de las setenta semanas proféticas.

La misericordia aún se cernía sobre el pueblo judío; todavía había un poco de tiempo para arrepentirse. Lo que no se logró en la persona de Cristo, Dios, enviando Su Espíritu Santo, buscó lograrlo a través de Sus discípulos. Humildes pescadores, imbuidos del poder de Dios, enseñaron a la gente acerca de un Salvador crucificado y resucitado. En un día, tres mil aceptaron el mensaje. Cuando muchos creyeron, la enemistad de Satanás se despertó de nuevo.

En el año 34 d.C., Esteban fue apedreado, y como resultado de la severa persecución que siguió, los creyentes fueron expulsados de Jerusalén y «iban por todas partes anunciando la palabra» (Hechos 8:4). Israel se había apartado de Dios, y Su espíritu ya no podía protegerlos. En menos de cuarenta años, la ciudad fue capturada por el ejército de Tito, el templo fue quemado, y los judíos fueron dispersados a los confines de la tierra, para permanecer allí hasta la consumación de todas las cosas en el tiempo determinado.

No puede haber duda en cuanto a la exactitud de la fecha 457 a.C., como el comienzo de las setenta semanas, pues está establecida por cuatro eventos: el decreto de Artajerjes; el bautismo de Cristo; la crucifixión; y la expansión del evangelio entre los gentiles. La historia establece la fecha 457 a.C. como el séptimo año de Artajerjes por más de veinte eclipses. Los cuatrocientos noventa años pueden ser calculados hacia atrás desde la historia del Nuevo Testamento, o hacia adelante desde el decreto para restaurar y edificar Jerusalén.

El ángel ha dado los eventos durante los primeros cuatrocientos noventa años de los dos mil trescientos días de (Daniel 8:14). Quedan mil ochocientos diez años,  $2300 - 490 = 1810$ . Los cuatrocientos noventa años terminaron en el año

34 d.C. A esto, añádanse mil ochocientos diez años, y tenemos el año 1844 d.C. A Daniel se le habían mostrado los eventos que marcarían este año. Fue el juicio investigador, y la entrega del mensaje del primer ángel del decimocuarto capítulo de Apocalipsis.

Este mensaje fue dado dentro de la memoria de muchos que aún viven, y es conocido como el mensaje adventista. Unos veinte años antes de la expiración del período profético de los dos mil trescientos días, la atención de algunos hombres fue dirigida al estudio de las profecías. Entre estos estudiantes, el más prominente fue William Miller, quien se convenció a fondo de que el período profético de (Daniel 8:14) terminaría en 1844. La expresión «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:14) se interpretó en el sentido de que al final de ese período declarado, la tierra sería destruida por fuego en la segunda venida de Cristo. Consecuentemente, entre 1833 y 1844, la venida personal del Salvador fue predicada por todo el mundo. Los hombres fueron advertidos, según el texto del mensaje del primer ángel del decimocuarto capítulo de Apocalipsis, de que el juicio estaba cerca, y miles se prepararon para encontrarse con el Señor.

Cuando el año 1844 pasó, y Cristo no apareció, muchos perdieron la fe en las profecías; pero otros, sabiendo que la palabra de Dios permanece segura, fueron guiados a buscar con más diligencia los eventos que sí tuvieron lugar al cierre del período profético. Estudios posteriores corroboraron la verdad de la interpretación del tiempo, y revelaron también la luz sobre la cuestión del santuario.

Por primera vez, los hombres vieron que el «*santuario*» del que se hablaba en la visión de Daniel se refería a la obra en el cielo, en lugar de en la tierra. Una investigación del servicio típico instituido en el desierto reveló la obra de la purificación del santuario en el día de la expiación. Se vio que la obra del sumo sacerdote en el tabernáculo terrenal era solo una figura del servicio en el cual Cristo, el gran Sumo Sacerdote, entró en 1844. En ese momento, Él entró en la presencia del Anciano de Días, como se ve en la visión del séptimo capítulo de

Daniel, y comenzó la obra del juicio investigador en el santuario celestial, al final de la cual aparecerá en las nubes del cielo. William Miller y otros que predicaron el segundo advenimiento en 1844 estaban equivocados en el evento, pero no en el cálculo del tiempo profético de (Daniel 8:14).

Los eventos que tuvieron lugar entre el 34 d.C. y el 1844 d.C. se describen en la siguiente visión, que le fue dada a Daniel, cuatro o cinco años después de la visión del noveno capítulo.

Dado que Gabriel explicó con tanto cuidado y minuciosidad la historia de los judíos, y como nación ellos no tuvieron excusa en el rechazo del Hijo de Dios, podemos esperar que este mismo ángel de profecía establecerá los hitos altos y claros, para que los hombres en los últimos días puedan conocer el tiempo de la aparición de Cristo en juicio, y de Su segunda venida en las nubes del cielo.

Estemos vigilantes y preparados.